

Alma Joven

Marzo

Don José Selgas y Carrasco

En el presente número termina el homenaje de admiración y cariño con que «Alma Joven» honra la memoria del insigne literato murciano. De sus obras hemos tomado los siguientes trabajos.

¿qué traerá marzo? ¿que nos traerán sus días semiprimaverales que ha terminado nos el carnaval, con su conabido de algaradas y escándalos? embargo, el carnaval de hemos advertido, el carnaval agoniza; ya desaparecieron aquellas cabalgatas clásicas no eran arte, pero que en modo intentaban reflejarlo solo resta la mascarada, con que otro ridículo disfraz fortuna no todo ha sido en estos días. Como an luminosa brilló explen la palabra científica de disertantes, en el para de nuestro Instituto, ellos la Ciencia, al mismo que en los templos los elevaban plegarias a la dad, en desagravio a tantas ofensas recibidas. ¿traerá marzo?... ¿nos dar los acontecimientos políticos dar la disolución del de un Gobierno fuerte, de normalizar la triste si porque atraviesa España, si así fuera! pero acaso acontecimientos europeos encadenad el huracán evolución; la actividad es característica del elemento re. de escuda y justifica su en las dificultades eco en las exigencias de la da vez mayores en las media y proletariado. triste paradojal los aman la revuelta y el desorden ando el derecho, mientras gencia se enseorea en el la gran mayoría de los nos españoles; Esto es de nto intolerable y neces de ha de variar. ir es gozar; clama el po, no está mal la afirma ro es, cuando la alegría en la estabilidad de un r general en la sociedad. ad el que intentare go. ntras su prójimo pade- cuestión de humanidad, e procurar el bien co- ste es el fia que debemos y perseguir, sin declinar s deberes de ciudadano tros adversarios. ufu no está en el tópi- revolución. ¿Qu'en sen- te pensando crearía la ón de España en el resta- mento de la República? no encial, en la prosperidad pueblos, la forma de go- no, como no lo será, el

La Luz

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux*, y la luz fué. Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse, y huyeron espantadas de si misma. Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda a la luz como una mujer fea a un espejo. El universo abrió los ojos como un niño que nace; se vió brillante como una esperanza, y se engalanó como una mujer hermosa. La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó a dar vueltas alrededor del sol, como una mariposa alrededor de una lámpara. De este prodigio hace seis mil años, y ¡cosa extraña! todavía no se sabe qué cosa es la luz. Y debía saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz que tiene delante de los ojos. La verdad es que debe ser invisible. Por de pronto es inagotable. Si viene del sol, es un torrente de oro. Si viene de la luna, es un manantial de plata. Para salir por las mañanas, se viste de nácar. Para retirarse por las tardes, toda ella es de púrpura. Siempre va de prisa; a nadie espera, y en diez segundos corre treinta y cuatro millones de leguas. La sombra anda siempre buscando un objeto a que ampararse para mirarla. Si bien se observa, se advertirá que la luz es una niña. Dadla un pedazo de cristal, y la veris volverse loca. Vereis con que rapidez pasá de un color a otro: esos son sus juegos. Ella coge el día de la mano, y lo lleva de Oriente a Occidente: esa es su obligación. En las nubes hace prodigios de habilidad. Ella las borda, las matiza, las recorta; de una hace un velo de gasa; de otra hace un manto de púrpura; de otra un espléndido cortinaje recamado de oro; esas son sus labores. El arco iris es suyo. Un día apareció el cielo enojado; su frente, coronada de nubes, revelaba la profundidad de su pena. La luz, que es toda alegría, se afa-

naba en vano por disipar su oscura tristeza. Al fin el cielo rompió a llorar. Estaba inconsolable. Cuarenta días y cuarenta noches sus ojos fueron un torrente de lágrimas. La tierra se anegaba en las ondas de aquel llanto inmenso. La luz se deshacía buscando una salida oportuna; pero el cielo estaba sombrío, y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes. Afiló entonces unos de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y la nube se abrieron, bordó enseguida, sobre el aire húmedo todavía, un arco de triunfo. Es muy caprichosa: las auroras boreales son unos caprichos que no tienen explicación. Ella hace azul el aire, transparente el agua, sonrosado el cielo. Es una cosa clara y oscura al mismo tiempo; se la vé, y no se la entiende. La ciencia dice que es una sustancia; la poesía, que es la mirada del cielo. Lo único que se sabe es que los ojos la reciben con alegría y que el alma se asoma a ellos solo por verla. La luz tiene un punto de vista moral. Se puede observar en ella una multitud de cualidades que parecen propias del hombre. En primer lugar, es activa. Apenas amanece, ya está en la calle; ni el frío la detiene, ni el calor la enerva. Conviene advertir que su calle es el universo. De las mujeres ha tomado la curiosidad. Siempre está mirando por las cerraduras de las puertas y por las pinturas de los balcones. ¡Con que afán se agolpa a una ventana entreabierta! Yo creo que la mayor parte de los cristales que se rompen lo hacen de cólera, al vez que no pueden contenerla. De todo quiere enterarse; sea donde quiera que entre, todo lo abarca de una ojeada. Es soberanamente artista; nadie como ella conoce las leyes de la perspectiva; al momento se penetra de la posición de cada uno, y sólo le deja ver lo rigurosamente lógico, y con un tino verdaderamente inspirado, sólo nos indica los puntos que debemos ver. Pero también es cruelmente burlo-

na: para la caricatura tiene una chispa envidiable. De todo ríe. En el lienzo de una pared, sobre alfombra, sobre las piedras de la calle, sobre la tierra desnuda, en cualquier parte, dibuja con pasmosa rapidez cuantos objetos se le ponen delante. ¿Quién no se ha reído alguna vez de su sombra? La mujer más bella es muchas veces obligada a cambiar de postura, por que la luz implacable se empeña en delinear sobre la pared inmediata su perfil grotesco. El amante más ciego puede ver en esa caricatura un retrato, y el amor, que perdona las inconsecuencias, las infidelidades y las ingratitudes, suele ser muy severo con las incorrecciones de un perfil arrojado sobre la pared por un rayo de luz mal intencionado. La luz miente como los poetas, como los artitas, como las mujeres. Su procedimiento está reducido a exagerar la verdad. Siempre toma el color del objeto por donde pasa. Cuando no puede penetrar, dobla sin esfuerzo sus incansables rayos, y se lanza en todas direcciones. Se hunde en el agua, y no se apaga ni siquiera se moja. Delante de los espejos atrae las miradas de todos. Se apodera de nuestros ojos y se lanza sobre el cristal impenetrable para presentarnos a nosotros mismos. Entonces se refleja en nuestro pensamiento la más absurda de las verdades. Cada uno dice para sí: «Aquel soy yo.» Pero su engaño es hacernos creer que ha penetrado al través de la capa de azogue que le corta el paso. El sofisma de que se vale es verdaderamente deslumbrador. Si la luz no ha atravesado el espacio, ¿cómo puede uno ver su imagen al otro lado del cristal? Se presta con facilidad a una verdadera especulación, que produce en el acto el ciento por ciento. Para doblar un capital cualquiera no hay más que colocarlo delante de un espejo. Pero donde hay que admirar más a la luz es en la flexibilidad con que se amolda a todas las situaciones. Ved que sombría penetra en el fondo de un calabozo, qué fúnebre apa-

rece alrededor de un muribundo, que risueña, que se muestra en los ojos de las gentes felices, qué misteriosamente se derrama por las bóvedas solitarias de los templos. Antes que se inventaran los telégrafos, había ella puesto en comunicación con más rapidez que las chispa eléctricas los dos polos de la humanidad. Por medio del relámpago de una mirada se entienden desde el principio del mundo el alma del hombre y el corazón de la mujer. Tantos siglos empleados para dar aplicación a la electricidad, cuando basta abrir los ojos para dar aplicación a la luz. Los amantes juntan sus almas en un rayo de luz que parte a un mismo tiempo de dos miradas. Y es incomprendible que el amor, que siempre busca el misterio y la oscuridad, se confie a las imprudencias de un rayo de luz. Es que los amantes se entiende mucho mejor mirándose que hablando. En las palabras se refleja el talento, y en las miradas el alma. También la luz es débil: huye de los ciegos, como el oro de los pobres. En presencia de un brillante no puede contenerse, y se deshace sobre la piedra preciosa, bañándola con los móviles reflejos de todos sus colores. Sobre los vestidos rotos y manchados se detiene sólo para gritar: «He aquí un roto, he aquí una mancha.» Al mismo tiempo se deja caer con delicada suavidad sobre las faldas de seda, cubriéndolas con adulatoria cortesía de caprichosas aguas. A ella no se la puede ocultar la primera cana, ni para ella tiene dismulo la primera arruga. La luz viene a ser en la naturaleza lo que la razón en la inteligencia. Lo mismo que la razón, la luz puede ser natural y artificial. A la luz del gas las mujeres feas se embellecen, como a la luz del sofisma los errores brillan. Todos los secretos de la mecánica consisten en el punto de apoyo; todos los secretos de la razón consisten en el punto de vista. Ese magnífico lienzo que se llama el *Pasmo de Sicilia*, será una mezcla confusa de líneas y colores ó una creación asombrosa, según desde el punto que se le mire. El hombre ha inventado la luz artificial, la ha sacado de la luz natural; del mismo modo que ha inventado las verdades artificiales, sacándolas de la verdad suprema. El sol aparece todos los días iluminando el espacio para enseñarnos el cielo. En Madrid se enciende el gas todas las noches para que veamos la tierra. El hombre es a Dios lo que una caja de fósforos es al sol. La soberbia humana puede también escribir su *Génesis*. Puede empezar de esta manera; un día dijo el hombre; *Fiat lux*, y los fósforos fueron. De aquí parte un golpe de luz que nos ilumina perfectamente. La luz inventada por los hombres vale más que la luz creada por Dios: vamos á verlo. Mil rayos de sol no cuestan nada; una sola caja de fósforos cuesta dos cuartos. ¿Se puede ver mas?

que, el Estado aumente el sueldo a sus empleados y los patronos la jornada a los obreros y artistas, si los impuestos y tarifas van aumentando cada vez más. El remedio será, el advenimiento al poder de gobernantes prestigiosos, no agrupaciones agnósticas, sino verdaderos hombres de Estado, que sepan dictar leyes sabias, y hacerlas respetar. España los tiene. el Regimen Constitucionare les tiende sus brazos abiertos, ¡llegarán a regirnos? ¡quien sabe! para ello es preciso que el elemento de orden se agrupe, alrededor de ellos y con su valeroso auxilio les ayude a contrarrestar el efecto maléfico de esa política nefasta, revolucionaria que tantos males nos está proporcionando. ¿Nos traerá marzo la solución política salvadora? Como buenos patriotas y mirando el futuro de España, así debemos deseárselo.

A. Aguilera